104

A D.ª FRANCISCA GARCÉS DE SAN JOSÉ, D. ANTOTNIO ORTÍZ DE URBINA Y D.ª VICENTA SAN JOSÉ DE ORTÍZ DE URBINA

Tolosa, 25 agosto 1896

MF II 9ª. No autógrafa. Escrita por Joaquina Gómez y firmada por la M. Cándida

La M. Cándida vive en estos momentos el acontecimiento doloroso de la muerte del P. Miguel San José Herranz, S.I. Dos cartas la han traído esta triste noticia: una del P. Tomás Ipiña, S.I., rector de la residencia de los Jesuitas de Loyola, y otra de Antonio Ortiz de Urbina, que le escribe en nombre de la familia San José Garcés.

Fuertemente afectada por este dolor, que llega a repercutir en su salud corporal, se pone en comunicación con aquellos que sufrían hondamente por esta muerte, y que necesitaban, por tanto, una palabra suya de consuelo y de impulso para trascender, en la fe y en la esperanza, la tristeza de la separación física de aquel a quien amaban y veneraban como santo.

Esta palabra es claro que ella no la va a pronunciar con fórmulas protocolarias o más o menos hechas para estas ocasiones. Esta palabra, sencilla y sincera, como cuelen ser las que dice a aquellos con quienes se comunica, es la expresión de sus emociones, deseos y sentimientos, y llega a ser, también para ella, una forma de fortalecerse para sobrellevar el sufrimiento en que el Señor se ha dignado manifestarse en su vida.

Ihs

La Purísima Virgen nos cubra con su manto.

Queridísimos y amadísimos hijas en Jesús D.ª Paca, Antonio y Vicenta: Ayer recibí la carta de Antonio[1] con la más triste noticia que en mi vida he recibido ni puedo recibir ya: de la pérdida de neutro tan amadísimo y queridísimo P. Herranz; yo me enteré de la carta primero que la M. Joaquina[2]; y fue tal el dolor y la pena, que no es posible explicarlo. Para mí fue el golpe más grande que puedo tener en mi ida, pues ya me quedé sin mi amadísimo Padre.

Ya se nos fue al cielo aquel santo; allí rogará por nosotros, allí nos alcanzará muchas gracias y, sobre todo, la santa perseverancia, y él también nos dará fuerzas para sobrellevar tan honda pena y sufrir on paciencia y resignación esta grande prueba que el Seor nos envió a todos. Sí, amados míos en Jesús; él sí, él nos alcanzará esta resignación que Vds., yo y todas necesitamos; resignémonos, pues, y ofrezcamos esta misma pena por su bendita y feliz alma.

En medio de mi grandísimo sentimiento, el Señor me envía un consuelo, y lo mismo para Vds., y es saber que su tránsito de esta vida a la eterna ha sido la de un santo, pues me escribió también el P. Rector de Loyola[3] (que por cierto las dos cartas, la de Antonio y la suya, las recibí juntas con la misma triste noticia), y me dice lo santa que ha sido su muerte, con qué firmeza decía desde el día de la Virgen, en que cayó enfermo, y lo repitió durante su enfermedad, que

[1] Antonio Ortiz de Urbina Olasagasti (cf. cta.7 nt.8)

[2] Joaquina Gómez Lomba (cf. cta.41 nt.intr. y nt.1), superiora entonces en Tolosa, en donde se encuentra la M. Cándida al recibir la noticia del fallecimiento del P. Herranz.

[3] El 23 de agosto, el rector de la residencia de Loyola, padre Tomás Ipiña, S.I., comunicaba a la M. Cándida la muerte del P. Miguel San José Herranz, S.I., ocurrida a las 2 horas 20 de la madrugada del 22 (cf. C S.I. 21,9).

moriría durante la octava de la fiesta de la Asunción de nuestra Señora[4], el viernes o sábado, y así fue; y que a una vida santa ha correspondido una muerte preciosa a los ojos del Señor, de cuya presencia podemos piadosamente creer está ya gozado. Esto me dice el P. Ipiña[5], y también así lo creo; pero siempre es bueno rogar por su alma, para que, si no está necesitada de sufragios, sirvan para su mayor gloria, aquí, todo lo que podemos, ya lo estamos haciendo y haremos en lo sucesivo, pues todo me parece poco para mi amado Padre.

Resígnense Vds., por amor de Dios; sobre todo, Vd., mi buena D.ª Paca, pues hay que evitar el ponerse ahora enferma, por más que la naturaleza se resienta y se sienta sin fuerzas para pruebas tan grandes como ésta, porque yo también me puse bien mala, y tuve que acostarme pronto, y hoy sigo todavía mal[6]. Pero pensemos que ahora desde el cielo hará mucho más por todos nosotros y nos alcanzará muchas gracias; pensemos, sobre todo, que tenemos un santo más en el cielo.

No puedo más por hoy reciban, tanto de mi parte como de toda esta comunidad, el más sentido pésame con cariñosos afectos de todas, sin olvidar a Pepín[7]. Saben cuánto les ama en Jesús y no les olvida ni les olvidará nunca en sus pobres oraciones, hde. sva. en Cto.,

CÁNDIDA MARÍA DE JESÚS

[4] El 15 de agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen, el P. Herranz, se puso enfermo con un catarro gripal, diagnosticado como pulmonía (cf. C S.I. 21,9)

[5] Tomás Ipiña, s.I., rector d ela residencia de Loyola (cf. nt.3)

[6] Por el *Diario* de Tolosa, en donde pasó la M. Cándida la mayor parte del año 1896 (cf. DT 4 p.1-126), se puede captar la resonancia tan fuerte que en ella tuvo la noticia de la muerte del P. Herranz. Las Hermanas llegan a temer por su salud (cf. DT 4 p.121-123)

[7] José María Oriz de Urbina San José (cf. cta.17 nt.1)